

5. Determinados vocablos atribuidos únicamente a San Lucas y al resto de escritores médicos griegos mencionados con anterioridad.

6. Otras palabras son de uso inusual fuera del campo médico y que tanto San Lucas como los escritores médicos utilizan en sus escritos.

7. El estilo médico de San Lucas se caracteriza por el uso frecuente que hace de ciertas palabras bastante habituales en el vocabulario de un físico.

8. El elemento médico contenido en la escritura de San Lucas da cuenta de un uso más libre que el resto de escritores del Nuevo Testamento con respecto al uso de los verbos compuestos y de verbos con dos preposiciones, también usados con frecuencia por escritores médicos.

9. Asimismo, hay una serie de términos médicos que no pueden clasificarse bajo ninguno de los apartados anteriores, como las marcas temporales; la variedad de términos empleados para describir las camas y camillas de los enfermos y términos comunes para referirse a los pesos médicos.

Finalmente, el autor añade una nota (pp. 293-297) que, pese a no estar estrictamente relacionada con la temática del libro, hace referencia a los posibles empleos, de carácter médico, que tanto San Lucas como San Pablo pudieron desempeñar en conjunto, conforme a lo recogido en el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Tras esta nota aclaratoria, Hobart ofrece un completo apéndice final (pp. 299-305) de los términos usados por San Lucas, de carácter exclusivamente médico, que aparecen en el tercer Evangelio y en el Libro de los Hechos de los Apóstoles, además de ciertos vocablos médicos que, igualmente, aparecen en el Nuevo Testamento. Dicho apartado final no hace sino hacer más completo este detallado estudio de terminología médica.

MAGDALENA LÓPEZ PÉREZ  
Universidad de Córdoba

KREISER, Klaus (ed.), *The Beginnings of Printing in the Near and Middle East: Jews, Christians and Muslims* (Wiesbaden: Harrassowitz Verlag, 2001), 102 pp.; ilustrs.

A comienzos de la década de los 60 Carl Bridenbaugh pronunció una alocución de tono apocalíptico, entonces muy en boga, y que por desgracia todavía hoy lo está, ante la *American Historical Association*, titulada “The great mutation”, sobre el grado en que una tecnología punta estaba rompiendo los lazos con el pasado, con claros efectos

negativos sobre el mundo del libro. Desacertada opinión, como ya se ha demostrado hoy día, sobre el cambio del mundo de las comunicaciones actuales. Proceso que es parangonable al que se produjo con el nacimiento de la imprenta respecto al libro manuscrito. La obra que nos ocupa demuestra que el mundo de la imprenta debemos verlo más que como el paso de una cultura oral a una escrita, como el paso de una forma de cultura letrada a otra que también lo es. Es necesario hacer hincapié en este aspecto, porque va en contra de la práctica habitual. Por lo general, los historiadores, al ocuparse de las comunicaciones, se contentan con hacer ver que su campo de estudio, a diferencia del arqueológico o del antropológico, se limita a sociedades que no fueron ágrafas. A la hora de definir los campos de trabajo, se considera que la forma concreta que adoptaron estos registros escritos tiene menos importancia que el propio hecho de si tales sociedades dejaron de serlo o no.

La invención de la imprenta de tipos móviles en Europa Occidental —ya era conocida en China en el siglo XI, aunque estaba imposibilitada su difusión en esa época por las dificultades y características peculiares de la lengua china— fue fruto de una apremiante necesidad provocada, entre otros factores, por el desarrollo de la alfabetización. Entre los siglos VI y XII las copias manuscritas de textos, tanto religiosos como laicos, realizadas por los monjes en los escritorios de sus monasterios, eran más que suficientes para atender la escasa demanda. Durante el siglo XII, sin embargo, Europa comenzó a surgir gradualmente de lo que algunos autores han llamado erróneamente las “Edades bárbaras” y un fructífero campo de intensa actividad intelectual provocó el nacimiento de las primeras universidades en Europa: Montpellier (1137), Vicenza (1204), Padua (1222), Toulouse (1229), y una veintena más, entre las que destacan Bolonia, París, Salerno y Salamanca. A esto hay que sumar las peregrinaciones y cruzadas que dieron ocasión y lugar a intercambios culturales.

De una cosa podemos estar seguros y es de que la invención de la imprenta no fue trabajo de alguien concreto sin influencia ajena alguna. Tuvo que ocurrírsele a más de una mente privilegiada que la reproducción de un libro por medio de un sistema mecánico, en sustitución de la laboriosa copia manual realizada por innumerables copistas, era algo más que razonable. No supone un demérito para Gutenberg el hecho de no haber sido el único en tratar de resolver un problema de semejantes dimensiones. A él le queda el reconocimiento

de ser el primero en encontrar una solución que pudo llevarse a la práctica.

Tendríamos que preguntarnos por qué no hubo intentos de resolver el problema hasta mediados del siglo XV, si las Universidades de la Europa Occidental existían desde el siglo XIII y en Oriente se hallaban dos religiones “del Libro”, la judía y la islámica. La respuesta es simple. El precio del pergamino y de la vitela en los que se escribían los manuscritos habría sido demasiado elevado para ser utilizado de forma rentable como soporte del texto impreso si los ejemplares se producían a gran escala: en consecuencia, la invención de la imprenta hubo de esperar hasta la llegada del papel.

Recientemente se ha incrementado el interés por este problema prioritario gracias a una doble ofensiva contra las viejas definiciones imperantes en este campo, ofensiva lanzada por historiadores africanos, de un lado, y de otro, por historiadores sociales especializados en la civilización occidental. Los primeros han tenido, por fuerza, que hacer frente al hecho de verse obligados a suplir los registros escritos. Los últimos objetan, a su vez, que este requisito previo ha hecho que se centrara la atención en la conducta de las reducidas elites letradas, con lo que, por consiguiente, se desatiende a la gran mayoría del pueblo de Europa Occidental y Oriente Próximo. Han sido planteadas, por lo tanto, nuevas propuestas –a menudo en colaboración con africanistas y antropólogos– para abordar los problemas de la creación del libro y de su recepción en las sociedades occidentales y orientales.

En cuatro breves notas la obra reseñada se adscribe a este nuevo campo: Ittai Joseph Tamari con “Jewish printing and publishing activities in the Ottoman cities of Constantinople and Saloniki at the dawn of early modern Europe”; Carsten Walbinder con “The Christians of *Bilād al-Shām* (Syria): Pioneers of Book-Printing in the Arab World”; Klaus Kreiser con “Causes of the Decrease of Ignorance? Remarks on the printing of books in the Ottoman Empire”; y finalmente Ulrich Marzolph con “Persian illustrated lithographed books”. En las referencias a obras que aparecen en el catálogo de esta exposición, vemos que el mundo del libro se extiende a lo largo y ancho del tiempo y de las materias sobre las que se puede escribir, destacando el primer libro impreso en árabe en Europa, el *Kitāb Ṣalāt al-sawāʿ* (Fano, 1514), pasando por el hebreo de Yitzhak Abohav: *Menorat ha-Ma’or* (Constantinopla: Astruk de Tulun, 1514) y llegando hasta el *Chehel Tuti* (Teherán, 1913).

Debemos señalar, además de la calidad con la que el libro ha sido editado, la importancia que se debe, y que merece ya, el mundo del libro impreso en Oriente, del cual disponemos de pocos estudios generales y al que se incorporan con cierta tardanza los datos descubiertos, fruto de una tradición historiográfica que enfrenta la historia de la imprenta *versus* la historia del libro.

MANUEL MARCOS ALDÓN  
Universidad de Córdoba

LE COZ, Raymond, *Les médecins nestoriens au Moyen Âge: les maîtres des Arabes*. Préface de Guy Lazorthes, col. «Comprendre le Moyen-Orient» (Paris: L'Harmattan, 2004), 371 pp.

Nas histórias gerais da Humanidade, das suas actividades e realizações, os povos que não constituíram impérios ficam algo preteridos, mesmo que tenham contribuído de modo significativo na elaboração da civilização dos impérios que eles integravam!

A obra em apreço pretende preencher tal lacuna no que diz respeito à história da medicina, recuperando a vivência e o contributo dos cristãos ditos nestorianos no quadro dos impérios medievais do Médio Oriente, persa-sassânida e islâmico.

De facto, na linha das práticas cristãs que se foram impondo no Império romano oriental, mais tarde bizantino, entre os séculos IV e VI, os monges e prelados siríacos meteram-se a estudar a medicina grega e a gerir hospitais comunitários ou públicos (não haveria diocese alguma que não tivesse um hospital sob a autoridade das instâncias eclesiásticas!), chegando vários deles a ocupar o cargo de médico junto dos soberanos e altos funcionários de ambos os impérios. Depois de traduzirem para o siríaco os tratados e manuais clássicos gregos, verteram-nos para o árabe, e tornaram-se, na Bagdade dos séculos VIII-X, os primeiros mestres de medicina e farmacologia, antes da emergência das respectivas Escolas árabo-persas muçulmanas. Escolas estas que constituíram, como se sabe, a base da medicina cristã ocidental medieval, até pelo menos o século XVII. O que teria sido a medicina árabe e, indirectamente, a medicina ocidental e até moderna, sem o contributo desse povo, hoje quase decimado (!), e o seu papel de transmissor dos textos gregos e, mais globalmente, das práticas médio-orientais antigas?

O presente livro entronca no duplo interesse científico de Le Coz: os cristãos siríacos do Médio-Oriente, por um lado, e a medicina no cristianismo da Baixa Antiguidade e alta Idade Média, por outro.